

El controlador delgado

Cómo Seumas Milne -un izquierdista del *Guardian* educado en Winchester- se convirtió en el asesor de Jeremy Corbyn y en una de las figuras más poderosamente divisivas del Partido Laborista.

<https://www.newstatesman.com/politics/2016/04/the-thin-controller>

Peter Wilby

35–44 minutes



En octubre de 2014, el periodista de *The Guardian* Seumas Milne llegó a la ciudad rusa de Sochi, en la costa del Mar Negro, cerca de la frontera con Georgia. Estaba allí para asistir al club internacional de debate anual Valdai, donde expertos en Rusia de todo el mundo -académicos, diplomáticos, periodistas- se reúnen y a veces interrogan

al presidente Vladimir Putin y a algunos de sus altos funcionarios y asesores. El tema de la conferencia de ese año era "El orden mundial: ¿Nuevas reglas o sin reglas?". Milne, con sus gastos pagados por los empresarios rusos que organizan el evento y lo iniciaron una década antes, estaba allí para hablar de Oriente Próximo, un tema del que tiene un conocimiento compendioso, derivado de toda una vida de interés por la región.

Para su sorpresa, le pidieron que presidiera la sesión principal de la reunión, en la que Putin iba a pronunciar un discurso de 40 minutos -descrito posteriormente por el *Financial Times* como una de sus "declaraciones más importantes sobre política exterior"- seguido de una larga sesión de preguntas y respuestas. Milne estuvo de acuerdo y abrió el turno de preguntas formulando dos de las suyas. ¿Fueron las "acciones de Rusia en Ucrania y Crimea" (que Moscú había invadido recientemente) "una respuesta a [una] ruptura de las reglas y una especie de ejemplo de un orden 'sin reglas'"? ¿Y modificaría Rusia su postura de que, tras el colapso de la Unión Soviética, "no puede liderar el actual orden global, pero puede decidir quién lo lidera"?

Por inocuas que parecieran las preguntas, la polémica sobre el papel de Milne en Valdai no se hizo esperar, sobre todo en *The Guardian*. Al igual que otros críticos británicos y estadounidenses de Putin, figuras destacadas de la sección de asuntos exteriores del periódico argumentaron que, tras la invasión de Crimea, ya no era aceptable que

los occidentales asistieran a Valdai. Estas personas estaban legitimando un régimen agresivo y autoritario que apenas tenía en cuenta los derechos humanos. Valdai tenía como único objetivo proyectar la línea del Kremlin.

En el blog de izquierdas Left Foot Forward, Pierre Vaux, escritor estrechamente vinculado a un think tank neoyorquino creado por exiliados anti-Putin, argumentó que Milne estaba realizando "tareas de relaciones públicas de primera línea" con el presidente. Milne había sido durante mucho tiempo un "compañero de viaje" del Kremlin, dijo Vaux; ahora se comportaba como "un defensor directo, un agente de influencia". Sus preguntas permitieron a Putin "el espacio no sólo para justificar las acciones rusas en Ucrania... sino también para alardear sobre el humilde y bienintencionado lugar de Rusia en el mundo". Vaux señaló que, pocos días después de su visita a Sochi, la columna semanal de Milne en *The Guardian* achacaba la crisis de Ucrania a que Estados Unidos y la UE apoyaban "el derrocamiento violento de un gobierno elegido, aunque corrupto".

Vaux agitó la polémica citando a Luke Harding, antiguo corresponsal de *The Guardian* en Moscú, quien afirmó que asistir a Valdai era convertirse en "una marioneta en el teatro del Kremlin, allí para hacer quedar bien a Putin". La polémica se extendió a las oficinas del periódico en King's Cross, Londres. Milne y Harding intercambiaron airados correos electrónicos. Cuando Harding -que ha publicado un

libro sobre la Rusia de Putin titulado *Mafia State*, así como relatos de cómo fue acosado durante su estancia de cuatro años en Moscú- escribió que el Kremlin era culpable de financiar a grupos de extrema derecha en Europa, se enfrentaron en una de las conferencias editoriales diarias del periódico. El teléfono móvil de Milne sonó en medio del intercambio. "Debe de ser el Kremlin", bromeó Harding, lo que, lejos de rebajar la tensión, la llevó a nuevos niveles. Se alzaron las voces y los dos hombres se enfrentaron en la redacción e incluso en los urinarios después de la reunión. "En *The Guardian* no solemos tener palabras airadas", me dijo más tarde un sorprendido testigo.

Ahí podría haber quedado el asunto, con la controversia, desestimada por muchos periodistas como una guerra territorial entre escritores celosos de su territorio, confinada a publicaciones en línea poco leídas y de interés sólo para los especialistas en Rusia. Pero un año después de su viaje a Sochi, Milne fue nombrado director de estrategia y comunicación del nuevo líder del Partido Laborista, Jeremy Corbyn. La prensa nacional se interesó de repente por su asistencia a la reunión de Valdai. "Con las manos en la masa", gritó el *Mail*, mostrando fotografías de Putin estrechando la mano de Milne y observando severamente cómo el columnista invitaba a preguntas. "El jefe de prensa pro-Kremlin de Corbyn sometido al férreo control de Putin en la cumbre de propaganda". Milne fue extrañamente criticado por no interrogar a Putin como Jeremy Paxman habría interrogado a

un político británico.

Contenidos de nuestros socios

Milne se había convertido en otro objetivo en el asalto de la prensa contra Corbyn y sus partidarios, montado sobre todo, pero no totalmente, por los periódicos de derechas. Tras más de diez años escribiendo columnas desde un punto de vista firmemente izquierdista, muchas de ellas sobre cuestiones internacionales, Milne proporcionó munición de sobra. Había argumentado que el asesinato de Lee Rigby, "un soldado británico que había participado en múltiples operaciones de combate en Afganistán... no era terrorismo en el sentido normal de un ataque indiscriminado contra civiles". Dos días después de los atentados del 11-S, en un artículo que atrajo la cifra récord de 6.000 correos electrónicos de lectores (divididos a partes iguales a favor y en contra), Milne escribió que los estadounidenses estaban "recogiendo una cosecha de dientes de dragón que ellos mismos sembraron". Tras el 7/7, afirmó que los atentados de Londres estaban "impulsados por la ira mundial ante la dominación y ocupación de países musulmanes por parte de Estados Unidos" y, dado que Gran Bretaña era un firme partidario de Estados Unidos, la única sorpresa era que hubieran tardado "tanto en llegar". En un mitin antiisraelí en 2014, dijo que los palestinos de Gaza no eran terroristas: "el terrorismo es la matanza de civiles por parte de Israel a escala

industrial". Y, según Milne, la Rusia de Putin "supuso un cierto freno al poder desenfrenado de Estados Unidos".

Muchos de esos comentarios fueron sacados de contexto por periódicos de derechas. Por ejemplo, Milne escribió sobre Lee Rigby que "la matanza aleatoria de un hombre desarmado lejos del conflicto por individuos desconectados que tienen alternativas políticas no violentas es claramente injustificable". Casi todo lo que ha escrito sobre Putin lo describe como autoritario, conservador y definitivamente no "progresista". Además, sobre la contribución de las políticas occidentales a los atentados terroristas, se pueden encontrar opiniones similares a las de Milne en todo el espectro político occidental e incluso entre diplomáticos y militares de alto rango, por no hablar de todos los sectores de la sociedad en África y Asia.

La mayoría de las columnas de los periódicos pretenden sorprender y provocar a los lectores; las opiniones predecibles, ortodoxas y moderadamente expresadas son cosa de políticos. Sin embargo, los críticos sostienen que las opiniones de Milne son peculiarmente duras y extremas. Harding no es el único colega *del Guardian* con el que se ha enfrentado. En octubre de 2015, Brian Whitaker, antiguo editor del periódico para Oriente Medio, recordó en su blog al-bab.com una conversación con Milne en 1990 sobre el destino de Farzad Bazoft, un periodista freelance residente en el Reino Unido que trabajaba en Irak para el *Observer*. Bazoft, que había estado haciendo averiguaciones

sobre un emplazamiento militar y tomando muestras del suelo cercano, fue detenido y acusado de ser un espía israelí que trabajaba para Occidente. Fue ahorcado por orden de Sadam Husein.

Whitaker "se sorprendió cuando [Milne] trató de justificar la detención de Bazoft", aunque no su ejecución. "Ve la política internacional casi exclusivamente a través de una lente antiimperialista", escribió Whitaker. Eso le llevó "a una visión comprensiva de aquellos regímenes dictatoriales que se caracterizan a sí mismos como antiimperialistas". Milne, me dijo Whitaker recientemente, "considera a la gente que quiere libertad en Oriente Medio como títeres occidentales en su mayoría" y "nunca parece expresar ningún instinto libertario, ni de izquierdas ni de derechas". La preocupación de Whitaker es que la visión de Milne sobre el papel histórico de Gran Bretaña en Oriente Medio es incluso menos sutil que la de Corbyn. "La relación de Gran Bretaña con regímenes represivos (pero favorables a Occidente)", escribió Whitaker el año pasado, "y la aparente determinación del gobierno de Cameron de priorizar el comercio -incluida la venta de armas- sobre los derechos humanos son cuestiones que necesitan desesperadamente un debate público serio... Corbyn ha mostrado una voluntad encomiable de plantearlos". Pero, ¿puede hacerlo con credibilidad "cuando su asesor de prensa ha mostrado tanta simpatía por regímenes antioccidentales que no han sido menos represivos"?

Preguntas similares son comunes incluso entre quienes simpatizan ampliamente con Corbyn. ¿Son las opiniones de Milne demasiado consistente e inflexiblemente izquierdistas? ¿Tiene "el Controlador Delgado", como se le conoce en *The Guardian*, una mente lo suficientemente flexible como para persuadir a Corbyn de que afine su mensaje y haga los compromisos necesarios en la política de primera línea? ¿Puede ayudar al líder laborista a atraer a un público más amplio? ¿Quiere hacerlo?

Milne es un hombre inteligente. Nadie con quien hablé lo puso en duda, aunque una fuente añadió que "tiene poca sabiduría". También es muy leído, y en el *Guardian* tiene varios archivadores enormes, de los que hace décadas se desterraron de la mayoría de las redacciones de periódicos, llenos de libros, informes y panfletos. Su escritorio estaba cubierto por una montaña de papeles visible desde el lado opuesto de la oficina que, de vez en cuando, se deslizaba lentamente hacia sus vecinos. "A menudo es la persona mejor informada de la sala sobre cualquier tema", comenta un colega de *The Guardian*. "Sabe mucha historia y probablemente podría pasearte por todos los primeros ministros de Israel desde 1948 sin perder el ritmo. Sus conocimientos son casi académicos". Pero la otra cara de la moneda, según el mismo colega, es que "escoge lo que lee de forma casi poco inteligente; tiene una mente cerrada e intransigente".

Otro colega del *Guardian* me dijo: "Seumas es una de las personas más enteramente políticas que he conocido. Piensa en todo políticamente. Tiene un proyecto y es político, no periodístico". Un tercer periodista del *Guardian* dijo que su producción escrita para el periódico nunca fue grande. Cuando se convirtió en columnista, rara vez escribía más de una columna a la semana. "Tenía fama de perezoso. Pero creo que es injusto. Es que hacía otras cosas, cosas políticas". Una cuarta fuente dijo: "Se ve a sí mismo como un activista que resulta que trabaja para un periódico. Te contará algo y dirás 'es una buena historia', pero no la escribirá para el periódico porque no caería bien entre los camaradas".

Algunos periodistas le veían como una figura un poco siniestra, furtiva y fría, siempre paseándose por los pasillos mientras hablaba por el móvil, hablando casi a diario con su íntimo amigo George Galloway, al que se dirigía como "jefe". Un colega lo describió como "un conspirador nato", nunca más feliz que cuando participaba en un caucus o una cábala. Los más veteranos recuerdan su papel de liderazgo en el grupo Gulshan a principios de los 90, llamado así por un restaurante indio donde sus miembros se reunían para planear la resistencia a lo que veían como una deriva a la derecha y a la baja del *Guardian*. Cuando, más o menos en la misma época, una oscura revista llamada *Casablanca*, ya desaparecida, publicó una mordaz crítica anónima sobre cómo el *Guardian* estaba abandonando su

herencia liberal-izquierdista, se sospechó ampliamente que Milne era el principal informador, sobre todo cuando su amigo Tariq Ali confesó ser el autor. Otros recuerdan su curiosa cercanía a Peter Mandelson, al parecer unidos por el amor a la conspiración y el odio mutuo a Gordon Brown.

Pero sus colegas también destacan el encanto de Milne y sus maneras tranquilas y más bien discretas. "Casi siempre parece razonable y sensato", dice un colega. "No es un resorte en espiral a la espera de una pelea, como la mayoría de la gente de izquierdas". Algunos dijeron que pensaban que surgió un lado más humano y cariñoso después de que se ausentara del trabajo para que le extirparan un tumor de un pulmón y cuando, en 2013, su hermana, Kirsty, antigua periodista de *New Statesman*, murió a los 49 años de cáncer de pulmón. Muchos periodistas reconocen con gratitud su papel en el mantenimiento de la capilla del *Guardian* (rama sindical), que dirigió durante muchos años, como una de las más fuertes del sector, con un convenio interno que sigue descartando los despidos forzados. "La dirección siempre supo que, si era necesario, él podía hacer una huelga", dijo uno de ellos.

Gary Younge, uno de los amigos más cercanos de Milne en el periódico, dice: "Habiendo sido un Trot a los 15 años, durante un corto período, tengo alguna experiencia de los socialistas rígidos y doctrinarios. Ésos son los que me resultan fastidiosos y aburridos.

Seumas no es uno de ellos. Si tienes una discusión, se involucra en ella, responde a lo que dices".

Becky Gardiner, que también estuvo cerca de Milne en *The Guardian* y ahora es profesora de periodismo en Goldsmiths, Universidad de Londres, dijo: "Seumas es totalmente franco sobre lo que piensa. Es ridículo acusarle de ser reservado. Cuando habla por el móvil, lo hace en voz muy alta. Sabes exactamente con quién está hablando y de qué".

Ella, Younge y varios otros periodistas coinciden en que, aunque sus escritos no son nada divertidos y rara vez contienen una anécdota personal, Milne en persona no se parece en nada al izquierdista sin humor de la caricatura popular. "Cuando mantienes una conversación con él", dice Gardiner, "te ríes mucho". Sus amigos le son apasionadamente fieles, lo que quizás resulte sorprendente, dada su costumbre de llegar hasta una hora tarde a las citas. Tiene un impresionante abanico de contactos de izquierdas en todo el mundo, sobre todo en Oriente Próximo y América Latina; en el pasado, entre ellos figuraban Yasser Arafat y Hugo Chávez. "Siempre venía a la oficina con un artículo para publicar, diciendo algo así como: 'Esto es de un excelente sindicalista turco'", dijo un redactor jefe.

Fuera de la política, parece tener pocos intereses (se dice que su interés por el deporte es nulo) aparte de la música popular. Es un gran conocedor de los Beatles y un entusiasta de los Rolling Stones; también toca la guitarra y a veces el piano. Vive con su esposa italiana,

Cristina, en una casa eduardiana en Richmond, un frondoso suburbio del suroeste de Londres. Curiosamente, y no muy ecológicamente, suele ir en coche a las oficinas del *Guardian* y utiliza el coche durante todo el día en Londres cuando dispone de una plaza de aparcamiento en la empresa. Aunque las escuelas públicas de Richmond son totalmente integrales, sus dos hijos, ya mayores, fueron a escuelas de gramática en Kingston-upon-Thames, a seis kilómetros de distancia. Sus amigos me cuentan que Milne -que no quiso ser entrevistado para este artículo- se niega a hablar del tema, pero a veces señala que el padre no es el único miembro de la familia que toma decisiones sobre la educación de los hijos y que, en un hogar verdaderamente democrático, se le puede superar cómodamente en las votaciones.

Si sus propias opiniones se han desviado alguna vez de la ortodoxia de la izquierda sobre las escuelas integrales -como rara vez escribe o habla sobre educación, no he podido encontrar ninguna declaración pública al respecto- sería una sorpresa. Es difícil descubrir ejemplos significativos de los últimos 40 años en los que Milne haya cambiado sus opiniones, o incluso las haya cuestionado. Nacido en 1958, es un niño de los años 70, la última década en la que un gran número de personas seguía creyendo que el futuro próximo pertenecía al socialismo. "Sus opiniones políticas dejaron de evolucionar en 1975, junto con sus gustos musicales", fue el comentario de un colega.

La inteligencia de Milne le valió una beca y una plaza gratuita en

Winchester, uno de los internados de pago más exclusivos, cerebrales y caros de Inglaterra, y más tarde una beca en Balliol, considerado el colegio más intelectual de Oxford, para estudiar filosofía, política y economía.

Cuando dejó la escuela, después de hacer el bachillerato a los 15 años y el examen de acceso a Oxford a los 16 -una práctica común en Winchester-, un tercio de la población mundial vivía bajo regímenes que decían seguir el socialismo de una forma u otra. En Gran Bretaña, un gobierno laborista contaba con Michael Foot y Tony Benn en altos cargos del gabinete; elevó el tipo máximo sobre las rentas del trabajo al 83% y el de las rentas de inversión al 98%; intentó controlar los precios y las rentas en toda la economía; nacionalizó British Leyland y estableció un Consejo Nacional de Empresas. Muchos jóvenes británicos admiraban a Mao Zedong y su "revolución permanente" en China. Muchos jóvenes educados en el ámbito privado y procedentes de la élite abrazaron la política revolucionaria, como hizo Milne.

No es que su familia fuera del "establishment" en el sentido convencional. Su padre, Alasdair, productor de la BBC que llegó a director general en 1982, también era wykehamista, pero disfrutaba de sus raíces escocesas, tocaba la gaita y hablaba gaélico. Fue uno de los pioneros de un estilo menos deferente en la BBC, y fue despedido en 1987 en gran parte porque Margaret Thatcher pensaba que la corporación, bajo su mando, estaba demasiado sesgada a favor de la

izquierda. Su mujer, Sheila, madre de Seumas, era de origen irlandés-danés y había sido actriz.

Aunque no era conservador, Alasdair Milne no era un izquierdista de línea dura. Pero nadie recuerda que su hijo fuera otra cosa. En Winchester, se presentó como maoísta en un simulacro de elecciones. El ministro conservador John Whittingdale, contemporáneo suyo en la escuela, presentó triunfalmente pruebas impresas de este episodio cuando Milne fue nombrado ayudante de Corbyn. Milne pasó su año sabático con unos amigos en Líbano, entonces en plena guerra civil. Allí aprendió árabe, escuchó disparos de ira, escapó de un edificio en ruinas y fue brevemente capturado por milicianos. Sus colegas *del Guardian* tachan de absurdas las acusaciones de que asistió a un campo de entrenamiento terrorista. Pero regresó con un fuerte compromiso con la causa palestina.

"Se pasó todo el tiempo que estuvo en Balliol", recuerda un contemporáneo de la universidad, "vistiendo una chaqueta de Mao y hablando con un falso acento palestino. Era como una performance artística, el tipo de cosa que harían Gilbert y George. Lanzó una serie de mociones en la JCR [sala común junior] atacando a Israel". (Los colegas *de Guardian* dicen que sigue teniendo la costumbre de adoptar el acento de con quien haya hablado más recientemente).

Ya entonces estaba claro, tanto para Milne como para sus compañeros, que dedicaría su vida a la política de izquierdas.

Tras licenciarse en Oxford con una segunda clase, se matriculó en el Birkbeck College de la Universidad de Londres para cursar un máster en economía, materia que consideraba crucial para la política. Solicitó sin éxito trabajar para la laborista Barbara Castle, generalmente considerada a la izquierda del partido, y para el departamento de economía del TUC.

La relación de Milne con el Partido Comunista era estrecha. Después de la universidad, trabajó para una revista mensual llamada *Straight Left*, que, aunque la mayoría de sus miembros eran diputados laboristas de izquierdas y dirigentes sindicales, se asoció con la facción "estalinista", prosoviética y antieuroparlamentaria que acabó escindiéndose del Partido Comunista de Gran Bretaña. A través de *Straight Left* conoció a Andrew Murray, que se convirtió en uno de sus mejores amigos. Murray, originalmente periodista de *Morning Star*, se convirtió en el primer presidente de la campaña Stop the War cuando se formó en 2001, y en 2011 fue nombrado jefe de personal del sindicato Unite. Francis Beckett, que ha escrito un libro sobre el Partido Comunista y ha trabajado para varios sindicatos, me describió a Murray como "extremadamente rígido y sectario". Y añadió: "Murray y la gente de la *Straight Left* eran más extremistas que la mayoría de los estalinistas que yo conocía. Los estalinistas eran conocidos como tanquistas, pero los de Murray eran supertanquistas".

Milne siempre ha negado haber sido miembro del PC pero Beckett dijo

que "todos los comunistas que conozco creen que estuvo en el partido". Sea cual sea la verdad -y no hay pruebas tangibles de que fuera miembro- Milne se había afiliado al Partido Laborista en 1979. No era raro entonces, sobre todo en el movimiento sindical, que los laboristas colaboraran estrechamente con los comunistas, cuya disciplina y organización admiraban y que compartían el odio a los "ultraizquierdistas" asociados a varios grupos que se agrupaban bajo la etiqueta de "trotskistas". Entre los elegidos para formar parte de la ejecutiva del Sindicato Nacional de Estudiantes por la "amplia izquierda" de laboristas, liberales y comunistas estaba Charles Clarke, futuro ministro laborista.

Milne no empezó su carrera en Fleet Street gracias a sus conexiones con la izquierda. En un ejemplo de libro de texto de la clase dirigente británica en funcionamiento, una fuente muy bien situada me dijo que Alasdair Milne (Winchester y New College, Oxford) recomendó a su hijo Seumas (Winchester y Balliol) a Andrew Knight (Ampleforth y Balliol), el entonces editor de *The Economist*. El joven Milne se quedó tres años, cubriendo temas de administración local, educación e industria del motor, pero Knight, aunque reconocía las capacidades intelectuales de Milne, pensó, con razón, que no se sentía cómodo con la línea librecambista de la revista. Knight se dirigió a su viejo y gran amigo el columnista de *The Guardian* Hugo Young (Ampleforth y Balliol) y le preguntó si *The Guardian* podría estar interesado. El

periódico contrató a Milne en 1984.

Inicialmente reportero de información general, Milne se convirtió en corresponsal laboral en 1990 y más tarde en editor laboral del periódico. Sus sólidas conexiones con activistas sindicales y del Partido Laborista, lo que un colega de *The Guardian* calificó de "su conocimiento inigualable del movimiento obrero" y su propia elección en 1989 como miembro del consejo ejecutivo del Sindicato Nacional de Periodistas parecían hacer de él la persona perfecta para el puesto. Además, recientemente había escrito con otras dos personas -un académico que había sido contemporáneo suyo en Balliol y una figura destacada de la Campaña por la Democracia del Partido Laborista, un grupo de presión favorable a la nacionalización- un libro titulado *Beyond the Casino Economy* (*Más allá de la economía de casino*), que abogaba por la ampliación de los "derechos estatutarios sindicales" y por "una sociedad basada en la propiedad común en la que la clase trabajadora y sus aliados ostenten el poder político". En 1994 publicó otro libro, *The Enemy Within* (*El enemigo interior*), que muestra cómo los servicios secretos británicos se infiltraron y se propusieron desacreditar al Sindicato Nacional de Mineros y a su líder, Arthur Scargill, durante la huelga de mineros de 1984-85. Aunque en general se consideró demasiado poco crítico con Scargill -que prestó a Milne la cooperación que negaba a la mayoría de los periodistas de la corriente

dominante-, recibió críticas muy favorables, tuvo cuatro ediciones (la última de ellas en 2014) y muchos periodistas lo consideran un clásico de la investigación.

Sin embargo, a mediados de los noventa, el informe laboral empezó a parecer un callejón sin salida. Por un lado, Milne, considerado fastidioso, distante y ligeramente arrogante, no se llevaba bien con algunos líderes sindicales y corresponsales laborales. "Destacaba como un pulgar dolorido entre los corresponsales sindicales, que eran lo más opuesto a una élite de la escuela pública", recuerda Paul Routledge, que era entonces el editor laboral del *Times*. "Se mezclaba con una selecta corriente de izquierdas del movimiento sindical. No se llevaba bien, o no quería llevarse bien, con la tendencia más melenuda. Si hubiera conocido a los mineros que yo conocí, que tienen unas ideas muy anticuadas sobre la vida, habría corrido una milla". Como Milne era muy solicitado como orador en actos del movimiento obrero, otros corresponsales bromeaban diciendo que iban a cubrir una conferencia y él iba a hablar en ella.

Pero había un segundo problema mayor. Los sindicatos estaban perdiendo afiliados e influencia; sus líderes, especialmente Scargill, estaban siendo marginados. Tras el advenimiento del Nuevo Laborismo en 1994, quedó claro que, en un futuro previsible, tendrían poco papel en la política británica dominante. Los corresponsales laboristas decayeron paralelamente. Un grupo que antaño había

constituido una élite informativa nacional, sólo superada por los reporteros políticos, menguó en número e importancia.

Varios de ellos, entre ellos Routledge, acabaron dedicándose a la política en el lobby de Westminster. Parecía probable que Milne hiciera lo mismo en *The Guardian*. En cambio, para sorpresa de muchos colegas, el director del *Guardian*, Alan Rusbridger, le ofreció un puesto que daba a Milne potencialmente más influencia sobre la dirección del debate de izquierdas y el pensamiento político de la que había disfrutado nunca.

Milne fue editor de comentarios de *The Guardian* de 2001 a 2007, supervisando a columnistas habituales como Polly Toynbee, Jonathan Freedland y George Monbiot e invitando a colaboradores externos, entre ellos políticos, académicos y líderes sindicales, además de periodistas. Eran los años en los que el proyecto blairista -anatema para Milne y sus amigos- empezó a desmoronarse y Gran Bretaña se dividió profundamente en torno a la guerra de Irak. Sin embargo, al principio, sus colegas quedaron impresionados por el espectro de opiniones que publicaba, tanto de derechas como de izquierdas.

"Era meticuloso", afirma Becky Gardiner, que trabajó como adjunta suya durante cuatro años. "Fuera cual fuera el tema, lo descomponía en partes constituyentes, analizaba todos los ángulos y representaba el mayor número posible de ellos en las páginas". Tenía especial interés en aumentar el número de mujeres colaboradoras, e insistía en que

hubiera al menos una al día. También, según un colega, llevaba la cuenta de los artículos a favor y en contra de Israel "para poder cubrirse".

Naomi Klein, autora de *No Logo*, elogió el logro de Milne al convertir la sección de comentarios de *The Guardian* en "un foro de debate verdaderamente global". Más sorprendente aún, el eurodiputado conservador Daniel Hannan dijo que la había convertido en "la sección de opinión más sugerente de Gran Bretaña".

El personal *del Guardian*, sin embargo, está dividido sobre la trayectoria de Milne como editor de comentarios. A medida que pasaba el tiempo y crecía la polémica sobre la guerra de Irak y el terrorismo islamista, aumentaba el número de radicales musulmanes que aparecían en las páginas. Amigos de la izquierda como Andrew Murray aparecían con frecuencia. Cuando el columnista blairista y partidario de la guerra David Aaronovitch, contratado en la sección G2 del *Independent* en 2003, pidió pasar a las páginas de comentarios, Milne supuestamente lo vetó y se refirió con frecuencia (quizá medio en broma, al menos) al "odiado Aaronovitch". Aaronovitch me confirmó que su petición, llevada a las más altas instancias *del Guardian*, fue ignorada en repetidas ocasiones, pero dijo que no tenía ni idea de si Milne era o no el responsable; pronto se marchó al *Times*. "Seumas ponía muchas cosas en el periódico que no tenían ningún mérito como escritos", dijo un alto cargo del *Guardian*. "Sí, publicaba

a gente de derechas, pero solían ser iconoclastas que decían cosas radicales y sorprendentes y resultaban estar en contra de la guerra de Irak. Evitaba las discusiones políticas que tenían lugar en los principales partidos". Sus políticas eclécticas, pensaban los críticos, no eran más que una forma de hacer más aceptable la publicación de sus aliados de extrema izquierda.

La mayor polémica durante el mandato de Milne como editor de comentarios fue la publicación en 2004 de un artículo de Osama Bin Laden, editado a partir de una de las muchas declaraciones grabadas del líder de Al Qaeda. Una abrumadora mayoría de periodistas de *The Guardian* consideraron que el periódico había hecho bien en publicar el artículo, pero una mayoría menor opinó que no debería haber estado en las páginas de comentarios. Milne y sus partidarios insistieron en que su visión de lo que impulsaba a Al Qaeda justificaba su posición destacada -sobre todo porque las opiniones de Bin Laden recibían amplia atención en todo Oriente Próximo- y que publicar opiniones en las páginas de comentarios no implicaba respaldarlas. Estos argumentos fueron respaldados por el editor de los lectores del *Guardian*, o defensor del lector.

Pero en 2007 los críticos de Milne habían ganado. Me dijeron que se pensaba que estaba creando demasiados escritores a su imagen y semejanza y que publicaba demasiados artículos sobre Palestina. Lo nombraron editor asociado y pasó a escribir una columna, una

expresión semanal y bastante solitaria de puntos de vista que una vez habían representado una vertiente significativa de la corriente principal de la opinión de izquierdas en Gran Bretaña, pero que ahora aparentemente habían pasado de moda para siempre. Entonces llegó la llamada de Corbyn.

El trato con los líderes laboristas no era del todo nuevo para Milne. Él y Ed Miliband eran amigos desde hacía algunos años y, después de que Miliband fuera elegido líder en 2010, Milne fue uno de los consultados sobre su primer discurso en la conferencia del partido. Los dos siguieron hablando con regularidad, aunque menos a medida que Milne se sentía cada vez más decepcionado con la tibia actitud de Miliband hacia la lucha por un programa de izquierdas.

Corbyn conocía a Milne del movimiento antibelicista y en los últimos años había hablado con él en mítines y reuniones. También habían viajado juntos, con otros diputados y activistas, a Israel y Palestina. Sin embargo, no eran íntimos. Pero cuando se convirtió en líder, Corbyn necesitaba desesperadamente a alguien que simpatizara con sus puntos de vista y que también estuviera familiarizado con los principales medios de comunicación. Normalmente, un líder de partido llega al poder con años de preparación, una base firme de apoyo parlamentario, amplia experiencia en los medios de comunicación y una cohorte de asesores de confianza. Corbyn no tenía

nada de eso: incluso su asombrosamente exitosa campaña, principalmente una operación en las redes sociales, fue organizada por un grupo llamado Red Labour, surgido de una página de Facebook creada por un activista laborista de Brighton al que Corbyn nunca había conocido. La infraestructura de delegados sindicales, académicos, el "movimiento por la paz", la investigación financiada por los sindicatos y los activistas de las circunscripciones que habían sostenido a la izquierda laborista a principios de los años ochenta -y que casi ganaron el liderazgo adjunto para Tony Benn- prácticamente había desaparecido en las décadas siguientes. El personal del Partido Laborista databa en gran medida de las épocas de Blair y Brown, y su pensamiento político y sus lealtades se hacían eco de ello. Corbyn no conocía a casi nadie en la prensa o la radiodifusión nacional, ni siquiera entre los escritores y reporteros del *Daily Mirror* y el *Guardian*.

Su primer contacto fue con Kevin Maguire, periodista político del *New Statesman* y editor asociado del *Mirror*. Rechazó a Corbyn como ya había rechazado un puesto en Downing Street durante el mandato de Gordon Brown. Milne también dudó. En parte gracias a su asidua campaña, Katharine Viner había sucedido recientemente a Rusbridger como directora del *Guardian*. Se pensaba que Viner podría llevar al *Guardian* más a la izquierda, aunque el periódico apoyó a Yvette Cooper, no a Corbyn, en la elección del liderazgo laborista de 2015.

Milne podía esperar razonablemente desempeñar un papel destacado e influyente en el nuevo régimen. Algunos amigos le aconsejaron que rechazara la oferta, argumentando que Corbyn no podía durar.

Pero Milne se sintió en la obligación de responder a un liderazgo laborista por el que había esperado casi toda su vida. Gracias a una cláusula del convenio interno *del Guardian* que él mismo había negociado unos años antes (pretendía ayudar a ahorrar dinero durante una de las crisis financieras del periódico), pudo persuadir a Viner para que aceptara que se tomara una "excedencia no retribuida" sin dejar de formar parte de la plantilla. Su decisión fue muy criticada entre el personal *del Guardian*. Milne se ha convertido ahora en parte de la historia de Corbyn; algunos miembros del equipo político se sienten cohibidos a la hora de escribir sobre un colega y temen que Milne pueda quejarse de ellos ante Viner.

En su nuevo puesto, Milne tiene poco contacto directo con los periodistas de los grupos de presión; salvo en los grandes temas, son informados por Kevin Slocombe, antiguo jefe de comunicación de los sindicatos. Las responsabilidades de Milne son desarrollar una estrategia de relaciones con los medios de comunicación y supervisar los grupos de discusión y las encuestas privadas. Aporta su profundo conocimiento del movimiento obrero. Como antiguo presidente del Partido Laborista de Hammersmith, al oeste de Londres, Milne organizó una campaña electoral para el entonces diputado local, Clive

(ahora Lord) Soley, y asistió a las conferencias anuales como delegado. Su mayor debilidad, tal y como lo ven la mayoría de los periodistas del lobby, es que es aún menos flexible en sus opiniones que Corbyn.

"Su instinto es ser inquebrantable en todos los temas", dijo uno. "Es más corbynista que Corbyn. Presionó para que se establecieran tres líneas sobre Siria y un gabinete en la sombra que reflejara más fielmente los puntos de vista de Corbyn. El día en que los laboristas lanzaban su campaña para el referéndum de la UE, Corbyn fue a hablar en un mitin anti-Trident. Un buen asesor de prensa le habría aconsejado que no fuera. Seumas, de hecho, fue con él".

Otra fuente, cercana a la oficina del líder, criticó a Milne por no acallar las reiteradas acusaciones de que Corbyn y otras figuras destacadas del laborismo son demasiado blandos con el antisemitismo, e incluso simpatizan con él. "Milne anima a Jeremy a hacer alarde de sus valores, diciendo que está en contra de los prejuicios de todo tipo, en lugar de denunciar directamente el antisemitismo". La misma fuente dijo: "Milne antepone la ideología a la buena gestión del equipo. Por eso ha habido tantas broncas".

Sin embargo, tras un comienzo comprensiblemente lento, hay indicios de que ha empezado a dar una forma más profesional a la operación Corbyn. Como persona que viste con pulcritud -a la moda y de aspecto juvenil, abandonó las chaquetas Mao por los trajes hace algunos años-, entiende que los radicales no deben restar valor a su mensaje vistiendo

de forma descuidada. Por eso ha introducido lo que los periodistas del lobby llaman "Proyecto Traje" para Corbyn, consiguiendo hasta ahora que se ponga una chaqueta y unos pantalones a juego. También está tratando de educarle en la habilidad política elemental de decir lo que quiere decir durante las entrevistas, en lugar de responder literalmente a cada pregunta. Quiere refinar el mensaje de Corbyn en dos o tres políticas emblemáticas. Es poco probable, según me han dicho, que éstas incluyan algo sobre defensa o asuntos exteriores, áreas en las que el laborismo está más dividido internamente. Milne, contrariamente a algunos informes, no está personalmente muy interesado en Trident, pero reconoce que es difícil para Corbyn abandonar o incluso restar importancia a la cuestión, ya que fue tan importante en su campaña. Milne tampoco es partidario de la reelección obligatoria de los diputados, con sus ecos de los años ochenta.

En las últimas semanas, el equipo de Corbyn se ha vuelto más proactivo a la hora de establecer la agenda política, exigiendo una investigación sobre los fondos en paraísos fiscales propiedad del padre de David Cameron y una reversión de los recortes en el impuesto sobre las plusvalías, aunque se haya mostrado demasiado ansioso por pedir dimisiones de altos cargos ministeriales cada vez que hay un periodo de dificultades para los tories. En economía, en particular, ha

empezado a ofrecer una crítica más coherente de la estrategia del Gobierno: más segura, en cierto modo, que la que ofreció Ed Miliband, como me confesó uno de los ayudantes del ex líder.

Algo de esto se atribuye a Milne. Algunos periodistas de grupos de presión que recuerdan el estilo despoticador y plagado de improperios de antiguos asesores de prensa laboristas, como Tom Baldwin, han empezado a apreciar sus maneras tranquilas y reservadas. Pero incluso los que aprecian a Milne sugieren que su experiencia con los medios de comunicación es demasiado limitada. "No entiende el ritmo de las noticias", me dijo un periodista. "No entiende lo que quieren los periódicos dominicales ni lo que quieren los principales canales de televisión. Ni siquiera se relaciona bien con la BBC".

Cuando Milne asumió el cargo el pasado mes de octubre, sus colegas más escépticos del *Guardian* predijeron que estaría de vuelta en la oficina para Navidad. Quizá sea más realista esperar que vuelva antes de las próximas Navidades. Persisten los rumores de un golpe de Estado en verano de los diputados laboristas contra Corbyn y, aunque su sucesor sea también de la izquierda laborista, es poco probable que mantenga una figura tan controvertida. No es imposible que sacrificar a Milne sea un precio que Corbyn tenga que pagar para mantenerse como líder.

Seumas Milne probablemente no protestaría mucho. Se le ha oído

quejarse de cansancio y de tener muy pocos días libres. Le desconcierta la forma en que las falsedades y distorsiones circulan en Westminster y en los medios de comunicación sin ser nunca desmentidas debidamente. Detesta la intromisión en lo que considera su vida privada.

Mientras contempla un Partido Laborista en constante pugna, el regreso a sus archivadores y a su sobre cargado escritorio en el *Guardian* y a la compañía de camaradas fiables e ideológicamente sólidos dentro y fuera del periódico debe parecerle cada vez más atractivo. Pero, en su opinión, habrá cumplido con su deber de intentar hacer avanzar la causa socialista, como ha hecho, a menudo sin éxito, durante más de cuatro décadas.